

»Sin embargo, un doloroso recuerdo viene á perturbar mi alegría. ¡Yo nací y me lisonjeaba de ser toda mi vida el mas fiel súbdito del mejor de los reyes, y ahora ocupo su puesto! Pero, á lo menos, no murió del todo, revive en este testamento, que destinaba al augusto é infeliz niño á quien debía yo suceder. Con los ojos fijos en esta inmortal obra, penetrado de los sentimientos que la dictaron, guiado por la experiencia y auxiliado por los consejos de muchos de vosotros, he redactado la Carta constitucional, de que vais á oír la lectura, y que afianza sobre sólidas bases la seguridad del Estado.

»Mi canciller os dará á conocer con mas pormenores mis intenciones paternales.»

Este discurso, digno, sencillo, hábil, tan perfectamente pronunciado como escrito, escuchado al principio con religioso silencio, fué en seguida cubierto de aplausos. Complacidísimo se mostró el rey de su triunfo, no solo político, sino personal al propio tiempo. Despues leyó el canciller un discurso para exponer los fundamentos de la Carta, con la intencion evidente de recomendarla á los realistas como inevitable, y de consignar bien que emanaba de la plena y cabal autoridad del monarca. Acto continuo Mr. Ferrand leyó el texto de la Carta con voz algo sorda, y segun se podia juzgar de una rápida lectura, hasta logró satisfacer á los espíritus descontentadizos, porque, salvo el origen, que venia á ser exclusivamente de la corona, casi reproducia la constitucion del Senado. Ya terminada esta lectura, el canciller recibió el juramento de los pares y de los diputados, en medio de un silencio profundo, y con una viva curiosidad exci-

tada, ora por los nombres ilustres de la antigua monarquia, que no se habian oido pronunciar en largos años, ora por los nombres ilustres del imperio, que tantas veces habian resonado en los gloriosos boletines de Napoleon, y que de súbito se llegaban á escribir en aquella lista de inviolable fidelidad á los Borbones.

Con perfecto orden se llevó á cabo la ceremonia y sin ningano de los incidentes que se habian temido. Luis XVIII volvió á las Tullerias estrepitosamente aplaudido por las dos cámaras, é individualmente felicitado por todos aquellos á quienes el respeto permitia dirigir al rey un cumplimiento. En esta ceremonia solo vió una cosa, su discurso, y solo fué sensible á un resultado, su triunfo personal. A veces es una grande habilidad en los pueblos aplaudir á sus principes, como lo es saberse callar en su presencia. Ahora los aplausos de las cámaras y del público fueron de la oportunidad mas venturosa, y dejaron al rey tan satisfecho de la Carta como si hubiera sido su obra predilecta. Sin repugnancia la habia consentido, lo cual ya era mucho, y de igual modo se aprestaba á ponerla en planta, lo cual era mas todavia. Pero para ser justos hay que reconocer que principalmente era obra del Senado, esto es, de los antiguos representantes de la revolucion francesa, tornando á hallar á la caída de Napoleon sus verdaderas opiniones, y no queriendo que la ruina de este hombre prodigioso fuése tambien la de los principios de 1789. Asimismo hay que añadir que hasta cierto punto la Carta era obra de los monarcas altados, no amantes sin duda de las constituciones, si bien hacian una especie de punto de ho-

nor en cumplir su palabra al Senado en galardón de sus servicios, temerosos de la locura de la emigración, y creyendo útil ponerla freno, y no solo en interés de Francia, sino también de Europa. De todo esto deducimos que la Carta, á semejanza de todas las cosas que no emanan del capricho fugaz de un partido, era obra de todo el mundo.

No obstante, las apariencias, engañosas ó no engañosas, se deben tomar por realidad muy frecuentemente, y se hacia bien al atribuir la Carta á Luis XVIII, sin reparar que tuviese en ella mas ó menos parte. Así agradeciósese mucho, y se lo tomaron en cuenta las personas mas ilustradas. Aunque excluido en parte el Senado de la Cámara de los pares, no tenia motivo de queja, porque los senadores eliminados ya no podian figurar en el nuevo orden de cosas, fuera sin embargo de algunos personages cuya omision era muy de sentir, como el mariscal Massena, excluido por haber nacido á una legua de la frontera de 1790, circunstancia de que se debió fingir no tener noticia y el mariscal Davout, porque habia sublevado á las potencias aliadas su defensa de Hamburgo. Por lo demás incluidos ó eliminados, conservaban sus antiguas dotaciones. En cuanto al Cuerpo legislativo admitiósese por entero hasta su renovacion por quintas partes. Finalmente, prescindiendo de la cuestion de origen, tenida á la sazón por una mera disputa de palabras, la Carta contenia todos los principios de la monarquía representativa, y no desagradó mas que á los realistas exaltados. Hasta recibió la aprobacion del mejor de los jueces; del menos sospechoso porque pertenecia al número

de los senadores excluidos, de Sieyès, quien no vaciló en decir que Francia, si tal era su voluntad, podia ser libre con aquella Carta, y que nada de lo bueno de la revolución habia perecido en la catástrofe del Imperio, excepto no obstante nuestras fronteras, única pérdida verdaderamente grave y digna del pesar mas hondo.

No obtuvo el mismo feliz éxito el tratado de París, publicado á la par que la Carta. Ciertamente no se podia amar la paz mas que Francia la amaba entonces, y buenas razones tenia para pensar y sentir de este modo; pero el tratado de 30 de mayo, que se acababa de dar á luz, no era la paz, de que ya se gozaba desde el 23 de abril, sino el precio á que se habia comprado, y este precio era doloroso. Así la lectura de este tratado produjo tristísimo efecto, no solo entre los hombres á quienes la última revolución acababa de arruinar, sino entre las clases imparciales y desinteresadas de la nación. Se reconoció la mano cruel del extranjero, y especialmente en el trazado de nuestras fronteras. Sin duda no se habia esperado conservar nuestros límites geográficos, no se habia esperado que, llegada hasta París la Europa victoriosa, nos dejase las fronteras del Rin; mas al oír las continuas y reiteradas promesas de que bajo los Borbones se trataria á Francia con mayores miramientos que bajo los Bonapartes, se llegaron á forjar algunas ilusiones. Y viendo repentinamente aparecer la triste realidad, viendo á Francia reducida sola entre las demás potencias al estado de 1790, viendo desaparecer en parte nuestras colonias, cuya restitucion debia ser el precio de lo que abandonábamos en el continente, la irritacion fué profunda,

y particularmente en los puertos, donde sin embargo la paz era mas deseada aun que en otros puntos. La pérdida de la isla de Francia fué la mas sentida, y se achacó á Inglaterra, á la cual se acusaba de querer impedir la restauracion de nuestro comercio. En contra de esta eterna rival se divulgaron los dichos mas amargos. Despues de Inglaterra la potencia mas maltratada por las maldiciones de la nacion fué el Austria. Su conducta tan fácil de justificar bajo el punto de vista de la política, aunque de ningun modo bajo el punto de vista de la naturaleza, habia derramado sobre esta potencia un disfavor enorme. Siempre se propendia á cargarla encima la peor influencia, y se le manifestaba á su soberano, á quien se recibia en todas partes con una frialdad extremada.

De seguro fuera mejor no remontarse á la causa mas ó menos verdadera de nuestras desdichas, y buscar únicamente los medios que nos quedasen para repararlas. Mas, segun costumbre, se preferia lo de imputárselas unos á otros, y hallar aqui asunto de recriminaciones amargas. Los hombres de la Revolucion y del Imperio reconvenian á los Borbones por ir detrás del extrangero, y por no volver á Francia mas que para consumir su humillacion. En vez de responder que, si iban detrás del extrangero no le habian llamado, y que Napoleon era el que con su ambicion le habia abierto las puertas de Francia, en vez de defenderse con esta verdad sencilla é incontestable, los realistas se aplicaban á poner en ridiculo tales dolores patrióticos, que hubieran debido respetar, aun cuando no participaran de ellos. Se mofaban de las fronteras naturales, de este designio fantás-

tico en su concepto, y que tanta sangre costaría á las naciones si lo prosiguieran formalmente. ¡Como si las naciones todas no se propusieran cierto objeto territorial mas ó menos legitimo, mas ó menos cercano, al cual propenden con mayor ó menor prudencia, habilidad y contemplaciones á los otros, pero que es móvil constante de sus esfuerzos! ¡Como si Inglaterra no hubiera trabajado siempre á fin de fundir los tres reinos británicos en uno solo, sin hablar de las Indias y de todas sus demás ambiciones! ¡Como si Rusia no hubiera aspirado siempre á apropiarse la Finlandia, la Besarabia, la Crimea, y Austria á asegurarse el curso del Danubio y las costas del Adriático, y Prusia á extenderse por el centro de la Alemania, y España, en fin, á juntar la mayor parte posible de la península bajo su cetro! Además expresaban los realistas que, si habiamos perdido ciertos territorios, á lo menos disfrutaríamos de una verdadera paz con nuestros rivales, lo cual es la ventaja incontestable de todas las causas perdidas; y que asi nos eximiriamos de que viniesen á disputarnos los destinos aquellos franceses de torpe traza y acento extrangero. ¡Cual si se hallara motivo de pláceme en perder franceses tales como el rentista Corvetto, el jurisconsulto Lacagni, el matemático Lagrange, el marino Verhuel, el guerrero Massena! Tambien alegaban que si se habian perdido tierras de pan llevar, se iban á adquirir tierras de azúcar, de café, de algodón, que no eran menos necesarias. Se reian del comercio del Imperio, condenado á caminar con sumo trabajo y sobre carretas á través de la vasta estension del continente, y lo comparaban llenos de orgullo al co-

mercio marítimo, que tenía alas y nos iba á ser restituido. Así daban en el yerro de mofarse de nobles dolores y de oponerles sus alegrías de partido, como se caía en el error de imputarles desastres que eran obra de Napoleón y no de ellos. Se hubiera debido propalar que, si Napoleón nos había achicado al querernos hacer demasiado grandes, nos quedaba una gloria inmensa, nuestra unidad poderosa, los progresos de todas clases que debíamos á la Revolución y al Imperio, finalmente, el genio vivaz de la Francia, y que á la vuelta de algunos años de paz y de gobierno prudentemente liberal, sin duda recuperaríamos la superioridad moral y física que no ha cesado de pertenecernos, y que jamás ha dependido de la posesion de una provincia. Este era el único y verdadero consuelo al comun alcance, pero los hombres en sus males hallan tanto y á veces mas gusto en la queja que en el alivio ó en la cura. Les consuela siempre la queja, y en mayor grado cuanto es mas amarga. Fuerza es dejársela de consiguiente, bien que reservándose no prestar asenso á lo que divulgan sus dichos, sobre todo cuando uno goza el honor de tener en sus manos la balanza de la historia.

LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Gobierno de Luis XVIII.

Cambios operados en los ánimos durante los meses de abril y de mayo.—Renacen los partidos.—Se agrupan en rodador del conde de Artois los realistas exaltados.—Enfermo este príncipe y lleno de pesares hace en Saint-Cloud larga residencia.—Vuelta del duque de Orleans á Francia.—Los amigos de la libertad esperan su apoyo, á la par que ya los realistas le toman por blanco de sus ataques.—Grande reserva de este príncipe.—Los bonapartistas; su abatimiento y su dispersion.—Los revolucionarios, satisfechos de la caída de Napoleón al pronto, se ven repelidos hácia los bonapartistas de resultados de la violencia del partido de la emigracion.—Vuelta á Paris de Mrs. de Lafayette, de Benjamin Constant, de Madama Staël, y formacion del partido constitucional.—Juiciosas disposiciones del vengador de Paris.—Se reflejan las opiniones de la capital en las provincias con diversos matices.—Estado de la Vendée y de la Bretaña.—Los antiguos insurgentes vuelven á empuñar las armas, se niegan á pagar ciertas contribuciones, é inquietan con sus amenazas á los compradores de bienes nacionales.—Irritacion de las ciudades del Oeste contra los *chouans* y los vendeanos.—Estado de la ciudad de Nantes.—Situacion del Mediodía.—Espíritu que reina en Burdeos, Tolosa, Nimes, Aviñon, Marsella y Lion.—La presencia y los estragos del enemigo